

A TIENTAS

.....
capítulo III
.....

oficios
.....

BBA - UNLP

...busco a tientas la tabla donde asirme o el lazo que todavía me retenga.

Olga Orozco

CAPÍTULO TRES: OFICIOS

"Ocupación habitual" es uno de los significados de la palabra "oficio", según la RAE. Así podríamos decir que surgió "A tientas", este Proyecto de Producción Artística del BBA que fomenta la publicación y difusión de producciones literarias, ilustraciones e historietas de alumnos del colegio en un envase original. Buscamos habituar a los alumnos a publicar, a ser parte del círculo, del trabajo fino por el que pasa una producción artística antes de llegar al destinatario, además de generar un objeto estético, como nos gusta denominar a esta no-revista, a este no-fanzine.

Oficios secretos: En este capítulo de "A tientas" hablamos de oficios. Oficios inverosímiles y oficios reales. Oficios de ocasión que son, como todos sabemos, una forma de los oficios terrestres. La mayoría son -o parecen ser- oficios solitarios. Hay algunos que vienen con una cuota de suspenso (como el oficio de escapistas), hay otros que tienen muy buena prensa (como el querido oficio de artista) y, finalmente, hay otros en los que casi nunca pensamos. Hay oficios que desaparecieron a pesar de que en algún momento fueron muy importantes y otros que imaginamos que en el futuro serán claves. Podríamos seguir enumerando y llenar páginas y páginas y correr el riesgo de que este capítulo tomara dimensiones que nos asustarían un poco. Pero esto no es ningún diccionario y antes de que se zambulla -como su oficio de lector lo obliga- en esta convención de trabajos misteriosos, queremos hablar

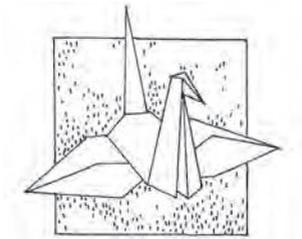
de nuestro favorito: el oficio de hacer libros.

La parte que más nos gusta de los oficios es que podrían ser eternos, siempre que haya alguien dispuesto a convertirse en aprendiz, y otro que se muestre y disponga del conocer las formas, las herramientas. Porque es así como se aprenden los oficios, a fuerza de mirar y repetir y equivocarse y corregir y volver a mirar al que sabe. Pero hay en el oficio de hacer libros una característica más que nos fascina y es que sólo es posible en equipo. Para que usted en este momento tenga en sus manos y esté leyendo este capítulo que no es revista ni es libro fueron necesarios escritores y poetas, es cierto, pero también dibujantes y diseñadores y tapistas y editores y diagramadores y correctores y lectores y sería -estamos seguros- imposible que existiera si no fuera por todos ellos y por todos nosotros.

Es así: el oficio de hacer libros es un oficio colectivo y tampoco estaría completo si usted no pusiera en práctica ahora mismo su oficio de lector. Así que rápido, apúrese, tome impulso y entre de lleno, convierta este montón de hojas sujetas por dos ganchos en un libro, en una revista, en un fanzine o en el capítulo de algo más grande que estamos creando en equipo.

C. R. / E. D. / P. M.

DE BOLSILLO



ANA DE LOS ANDES

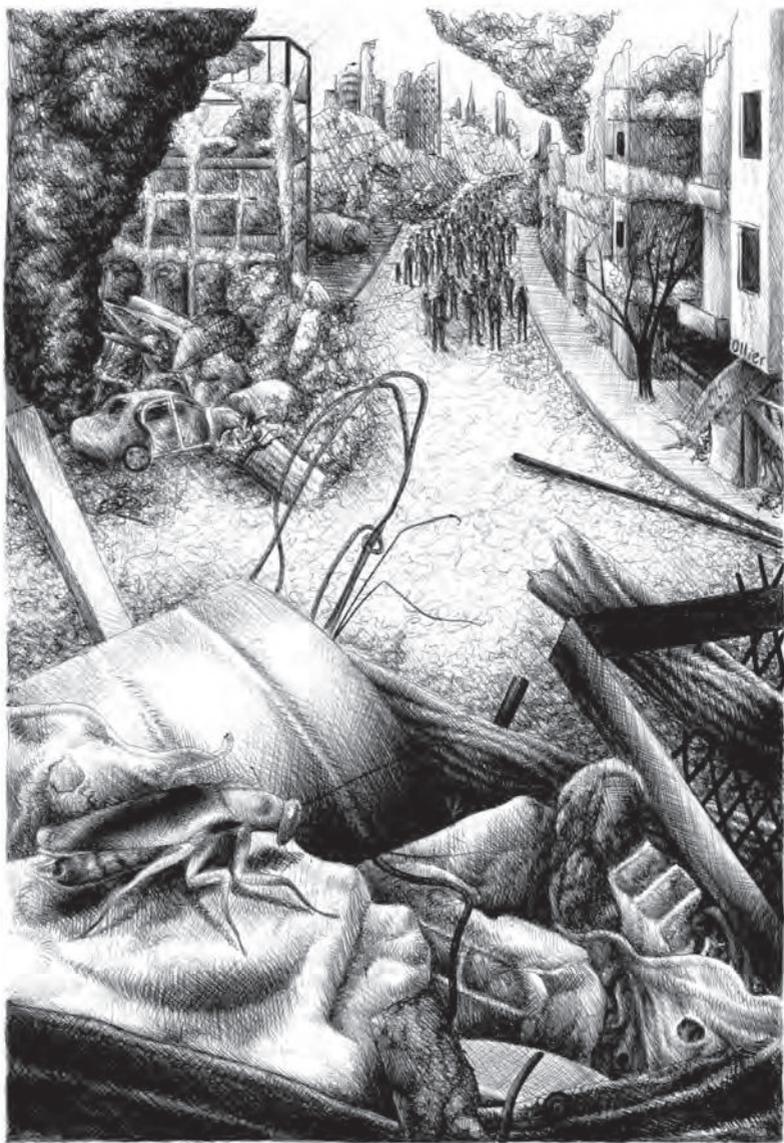
Ana cerró los ojos, se los refregó con sus manos hasta que dolió y siguió caminando casi a la rastra de la mano de su mamá. Observó lo calmo que se encontraba el cielo, ni una nube lo perturbaba. Delante de ellas caminaba su grupo, se podía escuchar lo cansados que estaban, ya que arrastraban los pies sonoramente. Subían una empinada calle, la misma que solían subir con su padre cuando Ana era todavía más chica. La mayor parte de su grupo ya había llegado a la cima, pero a cada uno de ellos se les transformó el rostro al llegar, a algunos se les abrieron los ojos como platos, en una expresión de horror que muy pocas veces se ve en la vida. Las mujeres se habían tapado la cara, inmóviles y respirando entrecortadamente. Una de las chicas gritaba, aferrada a su compañero. Ana pudo notar que su mamá apuraba el paso, casi que corría. Pero todas las reacciones estaban justificadas porque cuando llegaron a la cima pudieron verlo: una imagen que ningún ser humano tendría que presenciar, pero sobre todo ella, que había celebrado su séptimo cumpleaños sólo un mes atrás. Su mamá le cubrió la cara con la mano, pero era demasiado tarde. Esos pocos segundos le habían permitido espiar cómo una bomba había explotado en lo que ahora era un campo de cenizas negras y cuerpos destruidos. Su madre ahora la estaba abrazando, pero no había sido capaz de percibirlo sino hasta que volvió en sí. Vio brazos, piernas y torsos, sangre cubriéndolo todo. Humo que no venía de tan lejos, fuego a su izquierda y ese olor que jamás en su vida sería capaz de olvidar. El líder del grupo dio media vuelta, hasta esto era muy fuerte para él, tenía aspecto tan duro que Ana apostaba todo a que nunca había llorado, y ahí lo tenía enfrente suyo, lágrimas diminutas salían de sus claros ojos. En un esfuerzo por decir algo, produjo un sonido

parecido al graznido de un pato. Estaba conmocionado, no sabía qué decir, nadie sabía. Masculló algo, a Ana le pareció que era una mala palabra, porque a ella no se la dejaban repetir. "Grupo, muévase, por acá no podemos pasar", casi gritó, pero todos pudieron notar que estaba al borde del llanto. Ana sólo los observaba, su madre ya la había soltado. Todos rodearon al líder, en un intento por tapar el terrible espectáculo que había detrás suyo. "¿Alguna idea?", prosiguió. Nadie dijo nada, salvo la mamá que intentó decir algo, pero falló en el primer intento. Finalmente sugirió: "Qui... quizás podríamos tomar la 61, no está lejos". Silencio. La miraron. "No sé, salgamos de acá", dijo en un tono casi histérico. Su madre luchaba por no entrar en pánico, aunque parecía que ya estaba por tener un ataque. Él asintió con la cabeza, doblaron la esquina y retomaron viaje. Nadie dijo nada por un tiempo, no había nada que decir, optaron por hundirse en sus propios sentimientos, hasta Ana lo hizo. Comenzó a recordar el día anterior, parecía tan lejano como su propio nacimiento, o como si fuese la fecha en que San Martín había cruzado los Andes (su señorita les había contado esa gran travesía en su primer año de primaria, pero casi no recordaba nada). Su mamá la había despertado para desayunar temprano en la mañana. Remolona como era, logró quedarse unos minutos más. Estaba ansiosa, ya no tenía miedo como el año anterior. Su madre había sacado el auto de la cochera justo cuando Ana tomaba su mochila nueva de princesas. Le costó acarrearla hasta al auto, ya que llevaba todas las cosas lindas que se había comprado para el primer día. La puso en el asiento de atrás y se sentó adelante, se colocó el cinturón de seguridad y esperó a su mamá. Su guardapolvo blanco brillaba en la oscuridad de la neblina.

Su madre se detuvo en un semáforo, a unas cinco

cuadras de sus amigos y su nueva maestra. El semáforo seguía en rojo y de pronto una explosión sorda lo hizo volar por los aires. Había sido cerca de ellas; cuando levantaron la vista, un edificio se derrumbaba en la cuadra siguiente. Todo retumbaba, las alarmas de los autos sonaban muy alto, el edificio caía, aplastando autos y golpeando otros edificios. En las veredas, todas las personas quedaron anonadadas, petrificadas del miedo. La mamá había agarrado el guardapolvo de Ana, arrugándolo y quitándole su pureza blanquecina. La miró y le dijo casi imperceptiblemente que no se moviera. Tenía los ojos abiertísimos, parecía que observaba el panorama en una sola mirada. De pronto, una ola de gente comenzó a brotar desde la esquina, y con ellas un traqueteo. A Ana le sonó conocido ese ruido. Tratando de ubicarlo, recordó las películas de guerra que a su padre tanto le gustaban, el sonido era el de un arma. Pasaron corriendo enfrente suyo, algunos caían al suelo, Ana supuso que trataban de refugiarse, pero pronto casi toda la gente estaba en el suelo y unos pocos habían logrado escapar. Su madre lanzó un grito desmedido que a Ana le pareció exagerado. Encendió el auto torpemente, aceleró y lo estrelló contra un poste cercano. Por la misma esquina desde donde había salido toda esa gente avanzaba ahora otro grupo de personas, de ellas parecía provenir el sonido de películas de guerra. Su madre los observó y al volver su cara le gritó a Ana que fuera para atrás, al baúl. Por la cara que tenía, nada bueno podía estar pasando, así que sin chistar se sacó el cinturón de seguridad, esquivó su nueva mochila de princesas, abrió el asiento que conectaba con el baúl y se metió violentamente. Por unos instantes, siguió escuchando ese traqueteo infernal, también unos impactos parecidos al del edificio que ella acababa de ver cayendo, pero más lejanos. La radio del auto, que transmitía al

agradable "Señor de las mañanas" (bautizado así por ella misma), ahora no era más que lluvia y un sonido molestísimo que la asustaba. Escuchó bocinazos, ruedas rechinando contra el pavimento y un choque muy cerca suyo. Ana se fijó en el tierno reloj de Hello Kitty que su madre le había dado: eran las ocho, ya tendría que haber entrado a su clase. Veinte minutos habían pasado y los nervios comenzaron a molestarla. No sabía nada de su mamá, o de cómo estaban los refugiados en el piso, o del choque. Diez minutos más tarde, el asiento se abrió súbitamente: era su mamá, tenía los ojos inyectados en sangre, también una gota le recorría la frente y caía sobre su mejilla. No atinó a abrir la boca que su madre le gritó: "Vamos, ¡corré!". Ya no se escuchaban las armas, o las bombas, aunque el insoportable sonido de las alarmas las siguió por un buen rato. Corrieron por una avenida, había personas detrás y a los costados que corrían como ellas, pero adelante parecía un desierto. Escombros molestaron su carrera, pero nada las detuvo. Ana vio algo, un hombre tirado en el cordón. Alentó un poco el paso cuando pasaron a su lado, pudo observar un agujero en su frente, también tenía puntos de sangre en su ropa. Su cara estaba enteramente roja. "¡Mam...!", intentó decir, pero su madre le tapó la boca y la hizo pegarse a la pared al llegar a la esquina. Lágrimas le brotaron y comenzaron a recorrer su rostro, eran incontenibles. "Mami", susurró, "Mami, el hombre de allá...", pero su madre la interrumpió: "Callate, Ani. Callate, por favor", le dijo en un tono desesperado pero amable. Oyó pasos a la vuelta de la esquina. "¡Quietos!", dijo una voz ronca y extraña, y Ana volvió a escuchar el traqueteo que impactaba contra algo, haciéndolo caer con un ruido seco. Su madre se tapó la cara, largando un quejido ahogado. Volvió a tomarle la mano a su hija, esta vez la apretó muy

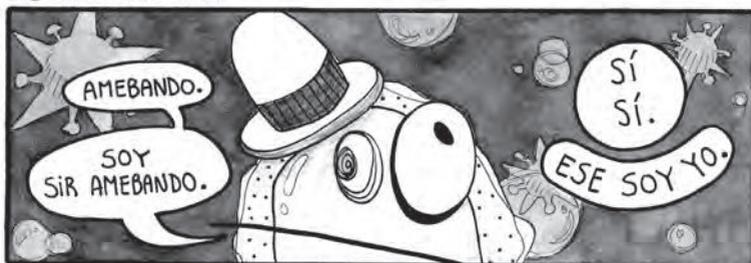


fuerte. "Mami, ¿qué pasó?", pero ella no contestó. La gente que las acompañaba se había escondido detrás de un auto, no muy lejos de ellas ni del hombre tirado sobre el cordón de la vereda. Ana quiso ver qué miraba su mamá: observó oficiales de policía y hombres en uniforme nacional armados, éstos estaban completamente protegidos, Ana no pudo ver ni un rastro de piel. También vio personas en el piso: dos hombres y una mujer. Los oficiales y los de uniforme militar hablaban, Ana se quedó muy callada para retener lo que decían: "Eliminen cada civil que se crucen, no importa la edad. No pregunten, no hay respuestas. Así lo quiere el Presidente", recitó inexpressivo un oficial de policía. Pudo ver cómo la cara de su madre se transformaba, lágrimas surgían sin parar de sus ojos y no podía emitir ningún sonido. Respiró, se tragó los mocos y la agarró a Ana muy fuerte por los hombros. "Ana", comenzó, "a partir de ahora quiero que estés muy callada, no mires nada que no sean nuestras manos, pase lo que pase, no dejes que esos tipos malos de allá te vean. Es como si jugáramos a las escondidas con ellos, ¿sí?, te quiero muchísimo, hija", y la abrazó.

"¡Ana!", escuchó, mientras seguía sintiendo los brazos de su madre apretándola y cómo sus empapadas mejillas mojaban su guardapolvo ennegrecido por las cenizas. "¡Ana, reaccioná, hija! ¿Dónde estabas, en la luna?", le preguntó su mamá mientras la sacudía por los hombros. "Dale, que vas muy lento", siguió. "Mirá, nos separamos mucho del grupo". Tenía razón, casi pisaban la esquina y ellas estaban recién en la mitad de la cuadra. "Dale, corré. ¡Te juego una carrera!" y su madre se echó a correr. Ana la imitó, sorteando escombros y ruedas quemadas. Soltó una risotada y por un instante olvidó dónde se encontraba.

LUDMILA FONTANA

OFICIO IDEAL.





En la sombra de mi quietud
entiendo de las líneas del universo,
de los viajeros paralelos como vos.

AGOSTINA SCHREINER

NADIE

No estudió para eso pero le fascina.

Lo hace todos los días. Días y noches. Vuelve de trabajar y agarra sus pinceles, y baila con las manos, y juega con los trazos. Acaricia sus colores, huele sus debilidades.

Pintar no es su trabajo, pintando nadie la conoce. Pintando es tan ella que no es nadie. Nadie ve sus pinturas. Sólo ven cualquier pintura en la calle tirada en una esquina.

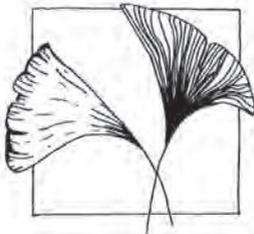
Sin saber que son de ella. Sin saber que los observa, para saber quién se lleva sus obras. Sin saber que, desde un techo lejano, ve cómo se las llevan. Se llevan los colores de un desconocido, se llevan las debilidades de nadie. Los convierten en suyos, las convierten en suyas, se convierten en ella.

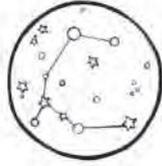
No es pintora. Pero pinta.

JULIA ESCALADA



DE ESTACIÓN





PESCADOR

Se adentró en la tormenta,
él los rayos.
Emergió descolorido, oxidado,
así como las cadenas que lo atan.

Los días le pesan entre jaulas,
el mar lo aguarda y se agita,
tantas veces roto en silencio,
hoy grita por fin a las nubes.

Crujiendo y retorciéndose entrega su carga,
zarpa sin volver la vista,
él su barco.

FELIPE CAVALLI

LOS MÁS ANTIGUOS DEL BARRIO

Ese día el despertador no sonó. En toda la casa los relojes marcaban horas distintas: el del living estaba adelantado, el de la cocina atrasado y mi reloj de muñeca se había detenido a las tres de la mañana. No sabía qué hora era, si llegaba tarde o no, así que agarré mi abrigo, termine mi café y salí.

La calle se encontraba desierta y ni siquiera los perros se hallaban rompiendo las bolsas de basura, como siempre. Los chicos ya debían estar en sus aulas y los grandes en sus oficinas. Algo estaba pasando, el tiempo no era el mismo, simplemente me encontraba allí, solo.

Caminé despacio hacia la parada del micro mientras un silencio abrumador me rodeaba. Estaba en medio de dos árboles muy grandes y viejos, los más antiguos del barrio, según lo que me había comentado un vecino alguna vez. Enfrente, se hallaba un par de árboles jóvenes que habían sido plantados hacía muy pocos días. Me quedé mirando cómo convivían unos frente a otros, parecía coincidir lo viejo y lo nuevo en un mismo tiempo, árboles pequeños, delgados y frágiles frente a otros, inmensos, vigorosos y altos.

Las nubes no se movían cuando el viejo se sentó a mi lado, el cielo estaba quieto y en completo silencio. Tenía un perfil bajo, parecía de una contextura muy frágil, vestía de manera normal y podría haber pasado desapercibido entre los demás. A lo mejor fue por aquella rara naturaleza por la que no me percaté de él hasta que se sentó y comenzó a sonarse los dedos, que retumbaban por toda la calle y producían un enorme escalofrío en mi nuca. Sus manos estaban curtidas y callosas, como las de un albañil, aunque no lo parecía; tal vez fuera un granjero o alguien que hubiera trabajado durante mucho tiempo la tierra y sus manos ya comenzaran a sufrir un trágico

deterioro. De repente dijo:

-No deberías mirar fijamente las manos de las personas, aún cuando las tengan tan dañadas como yo.

-Perdón, no fue mi intención.

-Hay una costumbre japonesa -dijo, mientras respiraba con dificultad- que consiste en reparar los objetos: los pegan y unen con oro o plata. Restauran su belleza e incluso la superan y vuelven el objeto aún más majestuoso. Esto lo hacen porque admiran lo espléndido de las cicatrices, dicen que cuentan historias -levantó las manos hasta la altura de sus ojos-, cuentan un momento en el tiempo, y las mías ya dicen demasiado.

Las nubes todavía no se movían y ni un alma pasaba por la calle, sólo se escuchaba la respiración forzada del viejo y su tos en medio de cada palabra. De vez en cuando se movía en su asiento, como si se encontrara incómodo entre una multitud.

-Sí, puede ser- le contesté -. Tuve heridas que me han dejado cicatrices importantes, las cuales me recuerdan buenos y malos momentos, aunque los malos mejor dejarlos atrás.

-Adelante y atrás no es una manera muy certera a la hora de hablar sobre el tiempo, todo es relativo, depende de cómo te guste verlo. En ciertos lugares de Oriente se ve el tiempo de forma cíclica, no tiene ni comienzo ni fin, aunque ya alguien no viva habrá otro que lo suceda. En cambio, los aymara entienden el tiempo de una manera lineal pero completamente opuesta a tu "adelante y atrás", a esa forma de pensarlo como un camino que sólo avanza hacia el futuro. Para ellos, el pasado se encuentra enfrente, es todo aquello que han visto y se muestra delante de sus ojos. Mientras que el futuro está a sus espaldas, es todo lo que no pueden ver porque aún no ha sucedido.

-Pero al fin y al cabo estamos avanzando por un camino, la diferencia es para dónde mirás.

El viejo comenzó a reírse con fuerza, a medida que avanzaba la charla recobraba aún más el aliento y la compostura.

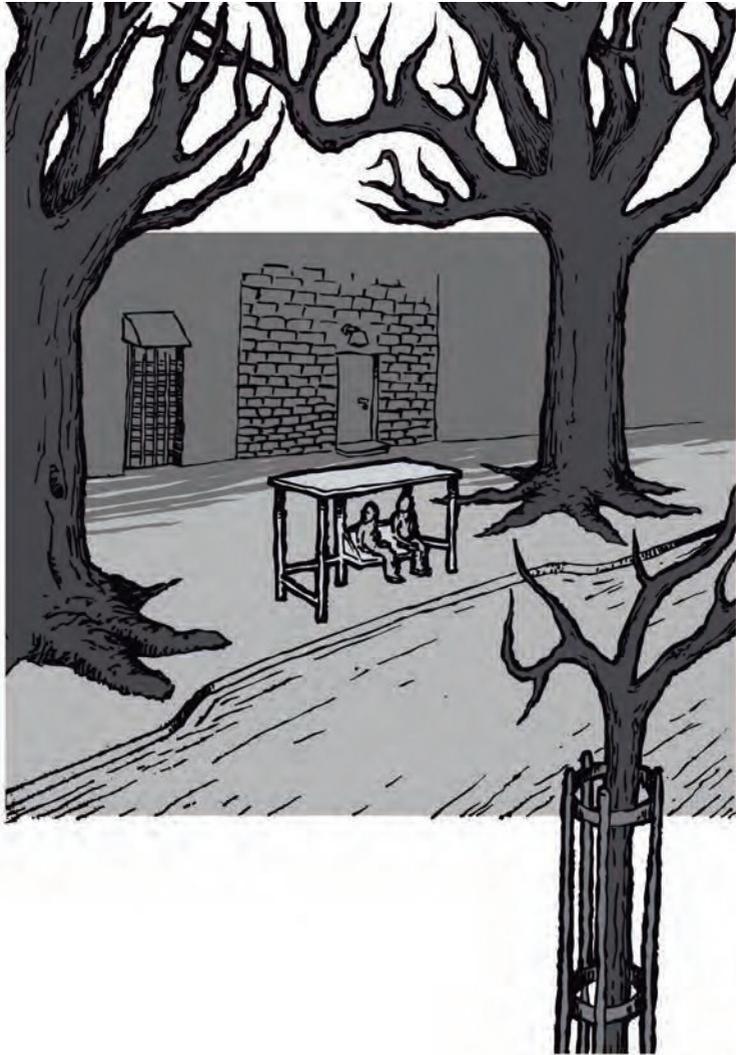
-Sí, pero todos están equivocados, el tiempo no es una línea, es más como un mar y el hombre está sumergido en él, flotando libremente en la nada. Muchas veces han considerado al tiempo como un cuervo que persigue al hombre hasta su muerte, pero la verdad es que yo nunca he perseguido a nadie -se echo a reír de una forma aun más ruidosa, casi como un aullido-, yo sólo los dejo flotar.

El aire se encontraba quieto y callado; aunque se escuchaba la voz del viejo a lo largo de la calle, no lograba llenar el vacío del silencio. El cielo estaba muy calmo, nada se movía y a medida que el viejo hablaba yo me sentía más cansado, angustiado y débil.

-Pero, entonces -pregunté, respirando con dificultad, mientras las palabras se trababan en mi boca-, cuando nos hundimos, ¿adónde vamos?

El viejo se quedó callado un instante, parecía aún más pensativo que antes.

-Eso es lo que me pregunto, sólo sé lo que soy, todo lo que está fuera de mí lo desconozco, es una enorme pregunta buscando una respuesta. Al fin y al cabo nosotros nos encontramos aquí, en el presente que no se deja atrapar. Recordamos un pasado que ya no existe y pensamos en un futuro que todavía no llega, sólo nos mantenemos aquí y ahora, vos y yo, viviendo en esta quietud. Las historias de todos los hombres fueron mi trabajo desde hace mucho tiempo, las marcas de mis propias manos pueden asegurar esto y tal vez por eso ya estoy cansado. He visto niños volverse hombres, ciudades volverse imperios y luego cenizas, ciertamente éste es un trabajo cansador y



me alegra que te encuentres aquí, como yo alguna vez me encontré sentado ante otro, esperando algo que ni sabía qué era -se levantó de un salto, sin queja alguna, ya no parecía el mismo viejo de unos minutos atrás-. Tal vez sea verdad aquello del tiempo cíclico, pero en realidad ya no me importa, fue un gusto hablar con vos y te deseo suerte. Muchos te agobiarán, querrán que seas rápido o más lento, pero sólo tenés que dejar que las cosas pasen.

Comenzó a caminar por el medio de la calle como si nada. Su cojera iba mejorando a cada paso, mientras iba desvaneciéndose en el silencio que envolvía la calle.

De nuevo solo, eché una última mirada al cielo sin esperar algún cambio, porque ya sabía que las nubes se quedarían quietas. De pronto pude escuchar algo, la gente caminaba a mi lado, los autos estaban en marcha, los perros ladraban y el micro se aproximaba, pero yo no veía nada. Finalmente entendí lo que estaba pasando, desde el principio el silencio no era real, todo se encontraba donde debía estar excepto yo, de a poco las imágenes se iban revelando como una mala foto. De repente, en donde no había nada apareció un borrón, personas caminando, el micro que se acercaba. Pero todavía me encontraba solo en la silenciosa calle, nadie me veía. No me importó: sólo podía esperar ahí sentado a que alguien más apareciera, alguien que me viera, alguien al que le tuviese que decir lo mismo que el viejo me había dicho, alguien que continuara el ciclo.

Me quedé observando los árboles que me rodeaban, esperando...

MANUEL DOMÍNGUEZ IRIBE

AGENTE y VICTOR KUM PARTCHS

-El encargo-

por
HONOS

Así es,
Soy el inventor
de la última novedad,
EL CEREBROTÍFRICO.
Los ciudadanos ya
no tendrán que
perder tiempo
pensando. Él lo
hará por ellos



Es mágico, único,
y me va a llenar de
Plata. Sólo necesito
a un par de estúpidos
para que hagan el
trabajo sucio



Señor,
los estúpidos
llegaron.









EL ÚLTIMO MOMENTO

Vivamos el juego donde
los triunfadores morirán.
Cuando la hora comience,
recordaremos la niñez.

Nuestra risa,
rayos de verano.

Por ahora estamos
ante un infinito,
dentro de un vacío.

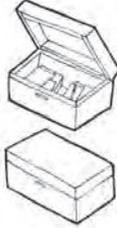
Subamos a nuestras bicis,
andemos sobre un cosmos.
Aún queda tiempo,
estamos en el medio
de las canas
y los rizos.
Entre la flor marchita
y el brote.

Mientras esperamos,
juguemos

MANUEL DOMÍNGUEZ IRIBE

ETCÉTERA





Igual, yo podría seguir así,
dejando que las cosas ocurran
embalsamar

ciertos

ideales

de lapicera gastada

y resignarme.

Sí, sería útil regar mis ojos

quizás así ver

más allá de recurrentes estribillos

IVÁN MINDLIN

QUIMERA

La primera noche que el viejo Fito despertó sudado y con sus manos inquietas, tuvo que decir lo que soñó, porque sintió que así debía ser. Zulema, su mujer, quiso tranquilizarlo, pero fue inútil.

-¡¡¡Se quema la casa de Oscar!!! -dijo Fito sentado en la cama con los ojos desorbitados.

Su señora no entendió nada y comenzó a asustarse.

-¿Qué te pasa, viejo?

Don Fito, en pijamas, salió corriendo a lo de su vecino, que vivía al otro lado de la cuadra. Para sorpresa de todos los que oyeron los gritos desesperados del viejo, en la casa de Oscar se estaba iniciando un incendio en la cocina que, gracias a Don Fito, pudo ser apagado antes de que llegara a mayores.

Todo cambió a partir de ese momento. Los sueños de Fito se repitieron casi todas las noches. Después del incendio, fue un robo ocurrido a tres casas de la suya. El viejo se despertó nuevamente sudado, le contó lo que había soñado a su esposa y fue hacia el teléfono dando aviso a la policía, que primero no le creyó una palabra, pero después comprobó que unos jóvenes merodeaban una casa con malas intenciones.

El pueblo comenzaba a rumorear sobre el extraño poder de Don Fito, y ni él ni su mujer pudieron impedir que la gente se acercara a toda hora. Algunos pasaban a saludar y otros a ver si Fito podía tirarles un numerito para la quiniela. Hicieron de él una especie de adivino.

Cada vez que el viejo despertaba a Zulema era para contarle acerca de otro sueño que anticipaba una desgracia. Una noche, Fito dijo que Néstor, el panadero del pueblo, corría peligro de muerte. Lo había soñado reventado dentro de su auto en la ruta, luego de chocar con un camión. Y así fue como Zulema avisó por teléfono a Marta, la esposa de Néstor, para

que éste no usara el coche. Efectivamente, hubo un accidente de tránsito la mañana siguiente, causado por un camión que perdió el control, salvando el panadero su vida. El extraño poder de Don Fito fue tomado como una bendición, sus sueños se convirtieron en tema recurrente en el pueblo, todos los días, todas las noches...

Pero no todas las desgracias pudieron prevenirse. Cuando Don Fito soñó cómo su mejor amigo moría electrocutado, no hubo manera de impedirlo. Zulema se comunicó con la familia, pero el hombre había partido temprano hacia su trabajo y para cuando lo encontraron fue tarde. Los hechos desgraciados se repitieron con frecuencia, Zulema escuchaba atentamente el sueño de su marido y ambos buscaban por todos los medios advertir lo que pasaría, sólo que a veces era inevitable.

Pasaron varias semanas y los sueños de Fito dividieron al pueblo. Estaban quienes lo adoraban y otros que lo maldecían. Para muchos, él era un mensajero de Satanás. Una noche, Don Fito despertó confundido, sin poder recordar su sueño, aunque presentía que era espantoso. Por la mañana intentó hacer memoria, pero no pudo recordar. Estuvo inquieto hasta que, comenzada la tarde, su memoria recobró fuerza. Le contó a su mujer acerca de cómo imaginó al muchacho de la esquina, aplastado por un balcón en mal estado al amanecer. Zulema supo que era demasiado tarde y acudió con tristeza a la casa del joven. Para su sorpresa, éste se encontraba sano y salvo, almorzando con su madre. Comentó entonces cómo su marido recordó tarde su sueño y se marchó alegre. Don Fito pensó mucho, pues jamás se había equivocado y llegó a una conclusión: ese había sido el único sueño que no había contado a tiempo. Si callaba sus sueños, tal vez nada sucediera. El pueblo también sacó conclusiones y se corrió la noticia de que Don Fito no evitaba desgracias, sino

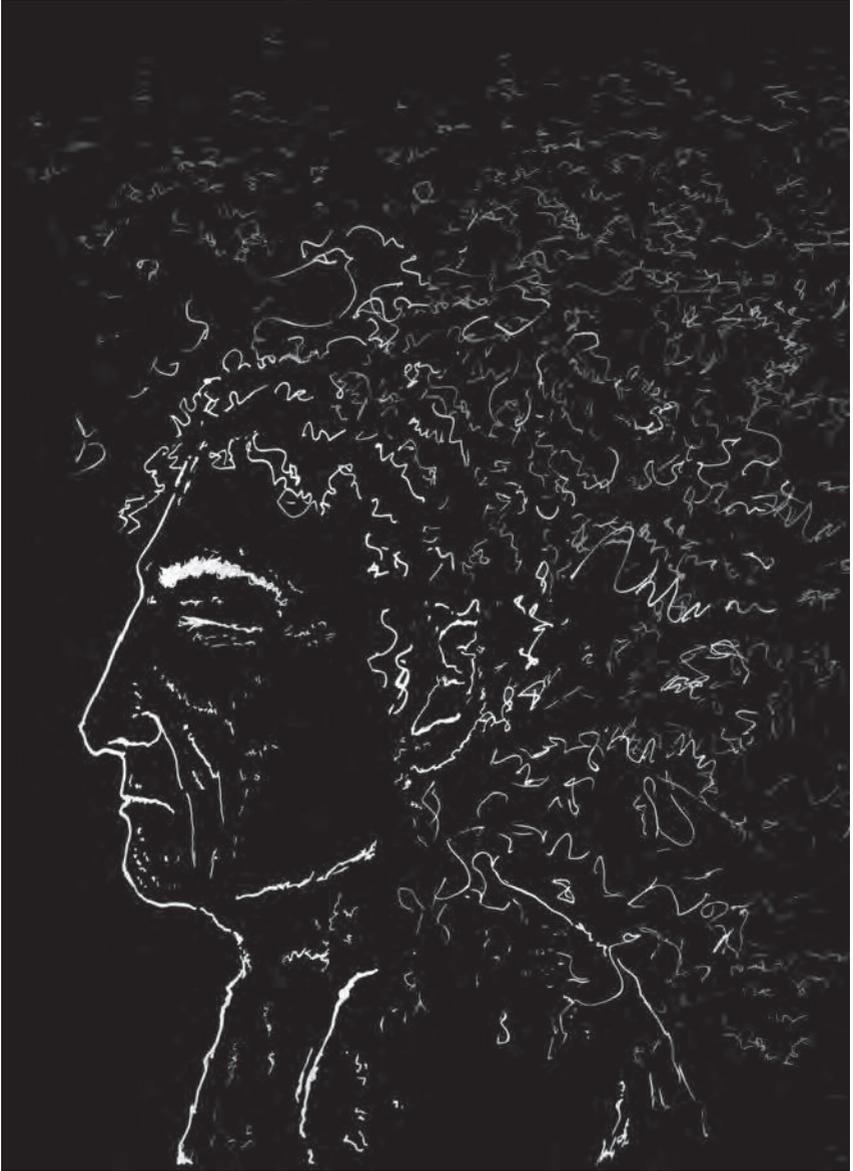
que las causaba. Muchos enfurecieron y hasta se hizo una reunión secreta para hablar del asunto.

Una noche, el viejo tuvo otro de sus sueños, pero esta vez no dijo nada. Lo que soñó lo asustó muchísimo, y por ello mantuvo el silencio. A la mañana siguiente, no le comentó nada a nadie y dejó que viniera la noche. Fue poco lo que cenó y pasó un buen rato comiéndose las uñas. Su mujer le preguntó si aquello sucedería en la noche y él asintió con la cabeza. Antes de acostarse, Fito sintió unos ruidos en la puerta y en las ventanas. Advirtió que estaban cubriéndolas por fuera con gruesas maderas y sintió un fuerte olor a nafta. Oyó vidrios romperse y vio a los que antes habían sido sus vecinos maldiciendo su nombre. La casa entera comenzó a incendiarse. Escuchó cómo la gente reía y lo insultaba. Zulema se aferró a él y ambos intentaron buscar una salida antes de inhalar demasiado humo, pero no pudieron salir. Lo último que hizo Don Fito fue sujetar fuerte las manos de su esposa y contarle su sueño, aquello que lo había asustado tanto, el último...

A la mañana siguiente, el incendio en la casa de Don Fito no fue noticia comparado con la destrucción que había producido el paso de un feroz huracán por la región. El pueblo entero quedó arruinado y decenas de personas murieron. La fatal inundación posterior dejó la zona inhabitable por mucho tiempo. Pasaron varios años para que olvidaran lo sucedido esa madrugada en que la tormenta hizo de las suyas.

Pasados los años, los nuevos habitantes observan los escombros que fueron alguna vez la casa de Don Fito, recordando el huracán; pero los que conocen la historia, saben que no fue el huracán, fueron los sueños...

ALEJO ANDRADA





Si fuera taxista
sería muy metódico,
tendría una estructura
la respetaría.
Saldría a correr todas las mañanas
con escarcha
con el frío
antes de agarrar viaje.
No fumaría
aunque los otros autos
se burlaran de mí.
No fumaría y comería tictacs
o gomitas eucaliptus
que les convidaría a los nerviosos
por una cita.
Me dejaría crecer la barba
y la mantendría muy limpia.
Trabajaría de seis a dieciséis
todos los días
Salvo
domingo y lunes
que tomaría el último turno
para escuchar la noche
y acordarme:
Si fuera músico
tendría una estructura
sería metódico.

CATALINA REGGIANI

ÍNDICE

Capítulo Tres: Oficios por Catalina Reggiani, María Eva Demarchi y Pilar Medina.....	5
De bolsillo; Ilustración de Micaela Luberriaga.....	7
Ana de los Andes por Ludmila Fontana.....	9
Ilustración de Agustina Ollier.....	13
Oficio ideal por Sofía Tamis.....	15
En la sombra de mi quietud por Agustina Schreiner; Ilustración de Agustina Schreiner.....	16
Nadie por Julia Escalada ; Ilustración de Ignacio Marano y Michelle Peña Boucartt.....	17
De estación; Ilustración de Micaela Luberriaga....	19
Pescador por Felipe Cavalli; Ilustración de Agustina Schreiner.....	21
Los más antiguos del barrio por Manuel Domínguez Iribe.....	22
Ilustración de Jeremías Salsamendi.....	25
Agente Kum y Víctor Partchs en "El encargo" por Catalina Lorente.....	27
El último momento por Manuel Domínguez Iribe; Ilustración de Agustina Schreiner.....	30
Etecétera; Ilustración de Micaela Luberriaga.....	31
Igual, yo podría seguir así por Iván Mindlin; Ilustración de Agustina Schreiner.....	33
Quimera por Alejo Andrada.....	34
Ilustración de Nicolás Rojo.....	37
Gajes del oficio por Belén Meyer.....	38
Si fuera taxista por Catalina Reggiani; Ilustración de Agustina Schreiner.....	40

A TIENTAS

Proyecto de Producción Artística

Bachillerato de Bellas Artes

U.N.L.P

Prof. Leonel Fernández Pinola

Prof. Roberto Perez Escalá

Prof. Gabriel Ruiz

Consejo Editor:

Clara Arca

Felipe Cavalli

María Eva Demarchi

Julia Escalada

Pilar Medina

Catalina Reggiani

Carmela Sánchez

Tapa: Alejo Rubert

Octubre de 2016